

OLAF EL PERRO

CAPÍTULO 1

Mira hija lo que te han traído los Reyes – dijo mi padre hace seis años, cuando yo tenía diez y siempre estaba contenta. Recuerdo hasta el último detalle de ese día, sé que era el día de Reyes, y yo me había levantado entusiasmada para abrir los regalos. Llamé a mis padres y comenzamos a abrir regalos. También recuerdo que el mío se encontraba envuelto en una caja, y no paraba de moverse. Al principio me asusté un poco, pues no sabía lo que me esperaba, así que mi padre abrió mi regalo. Cuando lo abrió no me esperaba lo que había en su contenido, ¡Un perro! Exclamé cuando mi padre abrió mi regalo. Era blanco, un Husky. Me enamoré de él nada más verlo y le pusimos el nombre de Olaf. Todos los días me iba a pasear a Olaf con mi padre, hasta que cumplí los doce, que mi padre ya me permitía irme sola a pasearle. Todas las noches Olaf se venía a mi cuarto a dormir, porque si no se ponía triste y empezaba a llorar. Un día de Octubre, me dirigía hacia el colegio con Olaf, cuando de repente unos hombres, de mediana edad, altos y con pelo oscuro, me empezaron a seguir. Yo al principio no me di cuenta de que me estaban siguiendo hasta que, cuando fui a cruzar la calle, me cogieron por la espalda y me arrastraron hasta un callejón oscuro y me taparon la cara con un pañuelo que llevaba una droga para dormirme. En ese momento sólo pude pensar en Olaf, ¿qué le estarían haciendo? Lagrimas brotaban en mis ojos, y lo último que conseguí ver es un camión blanco... Cuando desperté, me encontraba en una habitación, era pequeña, blanca, aunque era un blanco sucio, pues la habitación se encontraba en unas condiciones infrahumanas, llenas de suciedad, bichos y con tan solo una lámpara. Lo primero que hice fue levantarme hacia la puerta, pero me encontraba atada a una cama. Escuché unos pasos, que iban aumentando de volumen a medida que se acercaban. Un sonido de llaves me hizo estremecerme, así que, por acto involuntario, me hice la dormida. El hombre que entró llevaba puesta una máscara, era de un payaso. Me cogió del pelo, me dejó en ropa interior y me susurro que si chillaba matarían a uno de mis familiares. Había una parte de mí que no le quería creer, pero como en ese momento estaba muy asustada, decidí hacerle caso. Me arrastró por un pasillo y me llevó a otro cuarto donde había un ordenador con una webcam y una página web abierta. Me amenazó al oído, diciéndome que como no me prostituyese me mataba. Hice lo que me pidió y cuando acabé me llevo a una jaula, donde se encontraban más niñas y mujeres. Me puse a llorar, estaba angustiada y desesperada por salir de ese infierno.

CAPÍTULO 2

Pasaron los días, y yo seguía allí encerrada, junto a muchas más chicas. Ya había pasado en torno a un año. Había visto y vivido ~~de~~ todo tipo de torturas, desde psicológicas, como encerrarme en un cuarto y darme descargas eléctricas cada vez que decía algo que no les gustaba escuchar, hasta físicas, como el pegarme con un látigo en la espalda. Conocí a una chica. Tenía más o menos mi edad, para entonces yo ya tenía 13. Se llamaba Raquel, y me contó que a ella la habían cogido en un cumpleaños, estaba en el baño cuando un hombre la hizo lo mismo que a mí y se la llevó al mismo cuarto que a mí. Desde ese día nos hicimos inseparables.

Un día estaba en mi jaula con Raquel, cuando se la llevaron, pensé que volvería, como todos los demás días, pero ese día no volvió, y desde entonces no he vuelto a saber nada de ella. Pasó otro año más y no hubo ni un solo día en el que no pensase en Raquel, en mis padres y en Olaf. ¿Qué habría sido de Olaf? ¿Le habrían hecho daño el día que me secuestraron? ¿O habría conseguido llegar a casa sano y a salvo? No lo sabía, y nunca pensé que lo llegaría a saber, hasta que un día, mientras estaba prostituyéndome, escuché un tiroteo. Me asusté mucho, pero pensé que ese era mi momento para escapar, así que me armé de valor y me enfrenté al hombre que estaba vigilándome. Le pegué un puñetazo en la mandíbula, le metí los dedos en los ojos, cogí su arma y me largué, eso sí, me llevé unos golpes en el costado, pero tenía la adrenalina tan subida en ese momento que el dolor no significaba nada para mí. Pasé sigilosamente por el pasillo hasta que me encontré con un perro... Me sonaba mucho la cara de ese perro, hasta que me di cuenta de que era un Husky blanco... ¡Era Olaf! Se abalanzó hacia mí y me empezó a lamer la cara. No sabía como había conseguido llegar hasta allí, pero estaba conmigo en ese momento.

Corrimos por pasillos hasta dar con el tiroteo. En él participaban policías y los hombres que me secuestraron. Pasé por detrás de las jaulas para intentar no ser vista cuando un hombre me fue a clavar un cuchillo en el brazo, pero Olaf lo vio antes que yo, y se interpuso entre el cuchillo y mi brazo, quedando el tendido en el suelo con una puñalada por la espalda. Rápidamente cogí la pistola que tenía y le disparé en la cabeza. Fallé los dos primeros tiros, pero al tercero le di. Cogí la camisa del cadáver ahora y le tapé la herida con eso, pero no sirvió de nada, pues se estaba desangrando en el suelo. Lloré, lloré como nunca lo había hecho, pero me di cuenta de que si me quedaba allí me podían pillar, así que le di un beso en la frente y le dije que le quería y me fui corriendo hacia la salida.

Capítulo 3

Cuando salí, me tapé los ojos, porque llevaba mucho tiempo sin ver la luz solar y esta me hacía daño, me arrodillé y lloré, pero en seguida me levanté y me sequé las lagrimas, porque tenía que salir de allí cuanto antes, ya tendría luego tiempo para llorar. Antes de salir huyendo miré atrás, a lo que había sido mi prisión durante los últimos años. Era una nave, grande y azulada por fuera. Tras haber visto la nave salí corriendo hasta llegar a una carretera que se encontraba a pocos metros de donde el tiroteo estaba ocurriendo. Corrí por la carretera hasta encontrarme con un policía, que rápidamente preguntó por mi estado y llamó a la ambulancia. Parecía una persona simpática, lo que me gustaba, puesto que el único trato que había recibido los últimos años no era agradable. Me llevaron al hospital más cercano donde encontré a mis padres, un poco desorientados, corriendo hacia mí. Les abracé como nunca lo había hecho, y las lágrimas brotaron desde nuestras caras. Al pasar uno o dos días, me dieron el alta y me llevaron a mi verdadera casa. Cuando la vi la recordaba más pequeña, así que esto me sorprendió. Pasaron dos días y vi en las noticias que encontraban a una de las mafias más peligrosas del país. Cuando vi eso no pude evitar llorar al recordar lo que me había pasado. Antes de acudir a ningún psicólogo, les conté a mis padres lo que había pasado con Olaf. Se pusieron a llorar, lo que hizo que yo también llorara. A los dos o tres días después de esto, alguien llamó a mi padre por teléfono. Rápidamente cogió las llaves del coche y nos dijo que entrásemos corriendo al coche. En ese momento yo estaba muy asustada porque pensaba que vendría la mafia a por mí otra vez. Cuando entramos en el coche vi a mi padre algo nervioso, lo que me llevó a mí a estar nerviosa. Pasó media hora cuando mi padre aparcó en frente de un veterinario... ¿Qué hacemos aquí? Me pregunté en ese momento. Entramos al veterinario y no paraba de pensar en que podría estar Olaf allí, pero recapacité y recordé su muerte. Una lágrima me caía por la cara cuando vino una veterinario y nos llevó a una sala oscura. En esa sala pude encontrar montones de jaulas. Eso me trajo malos recuerdos, pero hice un esfuerzo por apartarlos en ese momento. De repente nos paramos frente una jaula, en la que ponía Olaf. No podía creérmelo. Era como mi Olaf, un Husky blanco... Cuando me reconoció empezó a gemir y a mover rápidamente la cola. Lo sacaron de la jaula con mucho cuidado y se abalanzó como pudo hacia mí. Mis padres y yo nos emocionamos. La veterinaria nos explicó como había sobrevivido Olaf, la bala no llegó a darle en ningún órgano o vena importante, por eso pudieron salvarle. Un mes más tarde Olaf estaba ya con nosotros en casa. Nos habíamos pasado ese mes entero visitándole y trayéndole gominolas de las que le gustaban.

Capítulo 4

Ahora, tras dos años después de lo sucedido, Olaf y yo salimos todos los días, mañana, tarde y noche a pasear. Estos años atrás he estado acudiendo a psicólogos para que me ayuden a superarlo, aunque aún no lo he logrado del todo. Ahora tengo un novio, se llama Iker y tiene dos años más que yo. Mis padres, a diferencia de la edad, me dejan estar con él. Es único, me hace sentir especial, una princesa en un cuento de hadas. Mis padres siguen juntos, disfrutando conmigo de la vida que tenemos, olvidando el pasado y mirando para el frente.

Tras la detención de los secuestradores, les condenaron a cadena perpetua sin libertad condicional por violación, entre tantos delitos.

No he vuelto a saber nada de Raquel, ¿Qué habrá sucedido con esa chica? Prefiero no imaginar lo que le pudieron hacer esos seres, por no llamarlos de otra manera.

Ahora lo importante es mirar hacia delante y olvidar el pasado, vivir el presentes junto a los que me quieren y disfrutar de cada segundo de la vida.